

REVISTA ESTUDIANTIL

ENTRE LINEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Los ríos de sangre como simbología de la violencia en la cuentística de Jorge Eliécer Pardo¹



Pither Exneider Tovar González

petovarg@ut.edu.co

Licenciatura en literatura y lengua castellana

X semestre - CAT Ibagué

IDEAD - Universidad del Tolima

Cuando los ríos eran sangre

Mons. Germán Guzmán

A manera de introducción...

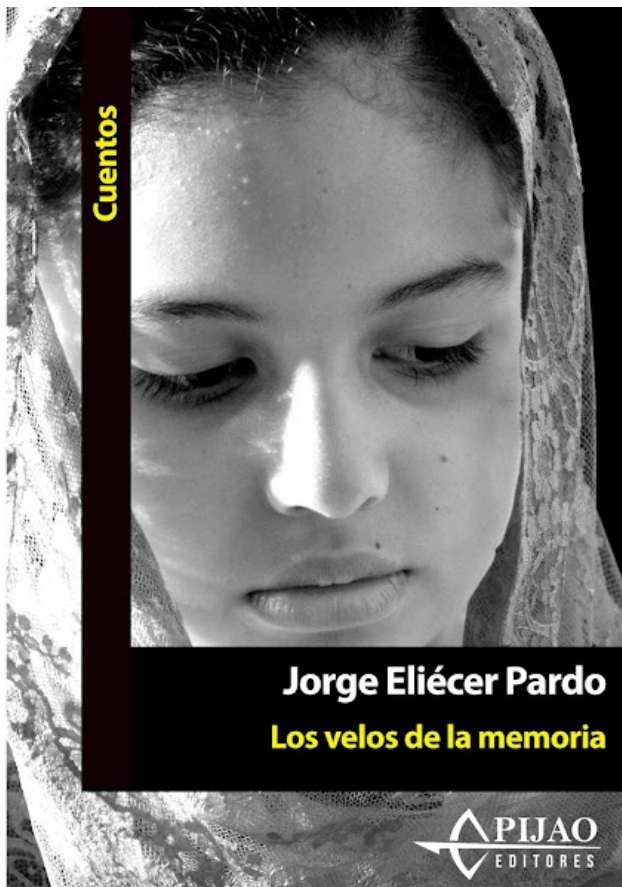
El siguiente artículo pretende realizar un acercamiento a la cuentística del tolimense Jorge Eliécer Pardo en relación a las manifestaciones simbólicas del río como tópico recurrente en sus relatos para expresar la violencia. Jorge Eliécer Pardo Rodríguez, nacido en Líbano, Tolima, en enero de 1950, afirma que se caracteriza por escribir en función de la memoria y la reconstrucción histórica desde la literatura. Escribir desde la memoria, en pro de comprender el pasado, es una forma de pensar un presente diferente; como diría Gadamer: es un acontecer en la comprensión, el cual, indudablemente, involucra la historicidad.

Pardo Rodríguez reconoce que su obra transita por una narrativa poética; además, caracterizado

por ser un excelente novelista y cuentista, a la fecha ha publicado una cantidad considerable de novelas, como lo son: *El jardín de las Weismann* (1978), *Irene* (1986), *Seis hombres una mujer* (1992); también, una serie de cinco novelas que denominó «El quinteto de la frágil memoria» constituido por *El pianista que llegó de Hamburgo* (2012, X Premio Nacional de Literatura Libros y Letras 2013), *La baronesa del circo Atayde* (2015), *Trashumantes de la guerra perdida* (2016), *La última tarde del caudillo* (2018) y *Maritza la fugitiva* (2018, Premio XVI Edición de la Bienal Internacional de Novela José Eustasio Rivera). En su narrativa cuentística se encuentran las siguientes antologías: *Las primeras palabras* (1973), en

1. Este artículo es presentado para el curso de Estudios de literaturas emergentes.

coautoría con Carlos Orlando Pardo, *La octava puerta* (1985), *Las pequeñas batallas* (1997), *Transeúntes del Siglo XX* (2007), *Los velos de la memoria* (2014) y *Cuentos. Antología personal* (2014). Esta última publicada por Pijao Editores, una editorial independiente fundada por los hermanos Pardo Rodríguez (Jorge Eliécer y Carlos Orlando) hace más de 50 años y caracterizada por publicar obras de talante literario en géneros como cuentos, novelas, poéticas y narrativas sociohistóricas, y sobre temas y autores marginados del canon aceptado socialmente, como es el caso de las manifestaciones de la violencia.



Para hacer posible la interpretación de la obra cuentística de Jorge Eliécer Pardo, en función de la simbología de los *ríos de sangre*, se tendrá como referencia los aportes teóricos de los autores colombianos Mons. Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna en su libro *La Violencia en Colombia. Estudio*

de un proceso social (1977). En un primer momento el lector se encontrará con una mirada histórico-social a la concepción de los *ríos de sangre* retomada de la obra de Guzmán, G. et al., (1977). Seguidamente el lector se enmarcará en una mirada a los cuentos de Pardo Rodríguez que, como tópico principal, encarnan la manifestación simbólica del *río* como medio para la violencia, esto desde una perspectiva hermenéutica; por último, se presentarán las reflexiones finales.

Los ríos de sangre desde la concepción histórico-social de Mons. Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna

Pensar en una cuentística como la del tolimense Jorge Eliécer Pardo, basada en la reconstrucción histórica de los hechos violentos, demanda comprender e interpretar, en cierto modo, las manifestaciones de la violencia desde las cuales se fecunda (surge) la narrativa. En el capítulo IX, del Tomo I, de *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*, titulado *Tanatomanía en Colombia*, Guzmán, G. et al., (1977) hacen un recorrido histórico-social por las diferentes manifestaciones de la violencia en Colombia y la forma como, sin haber un por qué, existe en los colombianos una inclinación por agredir al otro (tanatomanía). Las diversas manifestaciones violentas que se describen en el capítulo ya mencionado encarnan una realidad innegable de la historia del país; justamente, este tipo de actos de encarnación están dibujados en la obra cuentística de Pardo Rodríguez.

Los procesos de reconstrucción históricos y sociales, como el caso del libro de Guzmán, G. et al., (1977) o la obra cuentística de Jorge Eliécer Pardo, son una forma de vislumbrar la realidad de un país en función de escuchar las voces de aquellos que no pueden ser oídos o que, simplemente, no los quieren escuchar. Dentro de las manifestaciones violentas que vislumbra la obra de Guzmán, G. et al., (1977) aparece, justamente, la que da nombre a este

artículo: los *ríos* y, en ellos, la *sangre* de miles. Dirán Guzmán, G. et al., (1977) que «Cuando los ríos eran sangre» podría llamarse otro de los episodios de este *progrom* colombiano".

Es pertinente, antes de entrar directamente al tópico que apremia, definir algo: en el Tomo I del libro de Guzmán, G. et al., (1977), citado anteriormente, se hace una salvedad fundamental para este artículo. Hablar de violencia implica comprender unas acepciones: cuando se habla de *La Violencia* es una referencia a un periódico histórico, comprendido entre 1930 a 1958; en cambio cuando se menciona la "violencia" (entre comillas) se hace alusión a un proceso sistemático de disfunción o separación de las instituciones fundamentales; por otro lado, hablar de violencia se connota, justamente, en las técnicas o medios para la realización de un acto violento. En este artículo, precisamente, se partirá de la última condición: violencia como un medio. El río, en este caso, se configura simbólica y materialmente como el medio por el cual se ejecutan las acciones violentas.

Existe una relación directa entre el hombre y el río; socialmente las culturas han construido sus asentamientos en las riberas de los ríos, esto porque el río provee, no solo el agua sino también la alimentación y las vías fluviales. Es así como el río se convierte en un medio cultural, pero también un referente de la violencia; el río provee: da y quita. Afirman Guzmán, G. et al., (1977) que:

Se ha observado que entre el hombre y el río existe un nexo de secular emoción. La humanidad va sobre el río en progresivas jornadas de cultura. Siempre fue el río, cuyas aguas sirvieron para la civilización, líquido que se cantó y se amó. Pero en Colombia los ríos fueron sangre. Por ellos bajaron miles de cadáveres mutilados, maniatados, vestidos, desnudos, confundidos víctimas y victimarios [...] la lista es interminable. (Guzmán, G. et al., 1977, p. 232)

Esa relación hombre-río encarna una realidad social e histórica del país; realidad donde los viajes fluviales por algunos navegables, que para aquellos años casi habían desaparecido por completo por el avance automotriz, se reemplazaron por las "canoas" humanas, donde los únicos que navegaban eran los carroñeros: vestigios de una vida sin una última morada. Personas arrojadas por peñascos, volquetas llenas de cuerpos arrojados a los ríos y puentes testigos, en noches aciagas, de ejecuciones, todo conectado directamente con un ser: el *río*.

¡Si los puentes hablaran! Los de Yolombó, Anacaro, La Pinta da, Riorrecio, Cucuana entre el Guamo y Ortega, Bolombolo, Juanchito y cien más desde donde eran arrojados miles de ciudadanos, llevados al suplicio con el silencio cómplice de muchas noches.

»A la orilla de aguas remansadas se abría el vientre a las víctimas para que se hundieran hasta el fondo de los charcones. [...] Por las noches partían las volquetas oficiales con su carga fatídica de hombres sacados de la cárcel para fusilarlos sin fórmula de juicio. Esto, que ocurrió en casi todas las poblaciones afectadas por la violencia, constituye uno de los más impresionantes capítulos de la destrucción del orden jurídico del país" (Guzmán, G. et al., 1977, pp. 232-233).

Se supone que el hombre vuelve al polvo del que fue hecho. En Colombia esta ley no aplica; aquí, más bien, se cumple el mito Muisca de la creación de los Chibchas, donde los precursores de la raza humana salen del agua y, una vez viejos, vuelven allí. Claro que por estos ríos escarlata no solo navegaron (o navegan) ancianos, sino también niños, jóvenes y mujeres, todos por igual; todos son navegantes en los *ríos de sangre* del país y, es que, "nunca se podrá calcular cuántos cadáveres navegaron por los ríos" (Guzmán, G. et al., 1977, p. 232).

La manifestación simbólica del río como medio para la violencia: una mirada a la cuentística de Jorge Eliécer Pardo

Es importante precisar que este artículo concibe el río como un sujeto-medio, es decir, un ser que transporta la vida y, la vida, claramente, implica la muerte. El río es un medio que provee: da y quita. Ya se mencionó que existe una relación intrínseca entre el hombre y el río, una relación que va más allá de las épocas violentas en Colombia. El río, medio de comunicación más usado hace poco más de cien años; el río, medio que provee los alimentos; el río, el que brinda el líquido vital..., pero también es el río el medio por donde bajan los muertos; el río, como manifestación sepulcral; el río como última morada. El río es vida y muerte a la vez.

La narrativa cuentística de Jorge Eliécer Pardo encarna el simbolismo del río como una manifestación de la violencia en el Tolima. En sus cuentos, justamente, el lector logra ubicarse geográficamente en las zonas montañosas del municipio del Líbano; estas tierras colindantes a río Recio y que vivieron el aciago de La Violencia, se caracterizan por ser grandes productores de comida, siendo una despensa agrícola de la región, pero también porque actuó como el epicentro de la barbarie. “El Líbano. Es el epicentro de la violencia en la zona nortolimense” (Guzmán, G. et al., 1977, p. 56). Este aspecto de ubicación geográfica permite comprender el proceso de reconstrucción histórica que hace el autor desde su experiencia

cercana: "He escrito sobre la violencia porque ese tema era casi obligatorio para los escritores tolimenses como lo ha sido para la mayoría de los narradores colombianos" (Pardo, J. E., 2017, p. 234). Es importante precisar que no todos los ríos de la obra cuentística de Pardo son el mismo río y eso es una particularidad importante: no todos los ríos son iguales, basta con recordar aquello de que nadie se baña dos veces en el mismo río, pero sí tienen una característica en común: estuvieron (o están) manchados de sangre.



En la narrativa cuentística de Pardo Rodríguez aparecen alusiones a los ríos de sangre que marcan la historia del país, ¿Hasta qué punto la realidad inspira la ficción?, o, mejor, ¿hasta qué punto la ficción relata lo que la realidad se ha negado a decir? La reconstrucción histórica de la memoria que realiza Pardo es un acto consciente que implica pensar en algo que, por el cambio de las vanguardias literarias, se ha olvidado del imaginario colectivo: los problemas del conglomerado agrario, de las cabeceras municipales

y del pueblo. La reconstrucción histórica en la literatura logra dar voz al silenciado, lo que hace Pardo es darle una voz al que no puede hablar, al silenciado o a aquel que nadie quiere escuchar.

En el cuento *Sin nombres, sin rostros ni rastros* Jorge Eliécer Pardo realiza una mirada al río, más precisamente a los hijos de nadie que se convierten en los hijos de todos. Aquellos *sin nombre* que navegan por las aguas y que, en algún momento, serán pescados por una madre que llora a su hijo ausente con la esperanza que, más abajo del río, alguien lo rescate y le dé una sepultura digna.



Nos han dicho que somos los únicos en el puerto, que en Colombia los ríos son las tumbas de los miserables de la guerra. Los viejos nos han dicho que siempre los ríos grandes y pequeños albergan a las víctimas, desde la violencia entre liberales y conservadores de los siglos pasados cuando venían inflados flotando con un gallinazo encima. (Pardo, Jorge Eliécer. 2014, p. 276).

Este cuento es una mirada a la manifestación del río como símbolo de la encarnación de la violencia. El río, en esta narrativa, actúa como la vía de la vida (y la muerte). El río provee a las zonas ribereñas, quita y da. Los hijos del río son de todos. La mujer, en la cuentística de la violencia de Pardo, cumple el rol de sanar, unir, cuidar y devolver la vida al ausente: la maternidad va más allá del acto de parir.

En otra narrativa, Jorge Eliécer Pardo, encarna a *Los otros*; partes, trozos, de lo que fue una vida, una vida que se conforma de otras. Eso es la violencia: una constante encarnación, un habitar en otros. Este cuento nombra nuevamente al río como medio de violencia. En esta ocasión son

trozos de humanos, partes de un todo que al final no llega a ser nada.

De mi primer yo tengo la pierna izquierda. La atarrayaron en el recodo del río. [...] La cabeza de mi segundo yo fue encontrada bajo tierra con otras. [...] A mi tercer yo lo llevaron en camionetas hasta las afueras del pueblo, abajo del río. Varios torsos punzados, desangrados, abiertos, repletos de cal y canto con piedras redondas. [...] Mi cuarto yo no tenía dedos, cercenaron las huellas digitales; los picaron con carpios ajenos, mezcla macerada en vísceras de vaca, sopa para los doberman de los asesinos. [...] Mi quinto yo, o pierna derecha, nunca fue hallada, permanece bajo las raíces de una ceiba madre, sola, a la espera del milagro. (Pardo, Jorge Eliécer., 2014, pp. 279-280).

El río nuevamente es el medio por el cual navegan los vestigios del conflicto. Nuevamente el río como escenario de la violencia. Nuevamente la unión de trozos perdidos de una

historia jamás contada. Las víctimas sin voz o, tal vez, no escuchadas. El canto de muchos que reposan esparcidos por diferentes lugares, esos que son llamados los *otros*.

Otra manifestación de los actos violentos y, claramente, del río como medio, se encuentra en el cuento *Otra vez el chasquido de las botas (Encore le bruit des buttes)* donde aparecerá un oficio en desuso: el de ser sepulturero: “Soy sepulturero, pero no de asesinos —decía a su mujer cuando lo obligaban a enterrar desconocidos antes de que inventaran los del río, antes de que la espuma y la desnudes de los cuerpos salpicara en medio de la voz del sargento Peñaranda: “Estos hijueputas ni tierra merecen” (Pardo, Jorge Eliécer. 2014, p. 282)

Una nueva mirada: la del sepulturero. Un oficio en desuso por los medios en que se daba el entierro de los muertos producto de la violencia (o La Violencia o la "violencia" aquí es aplicable cualquiera de las tres). El río es el nuevo cementerio, los peces los feligreses que acompañan. Los *ríos de sangre* del país que se encarnan en la obra cuentística de Jorge Eliécer Pardo, no serían lo mismo sin la presencia de un personaje, (¿ficticio?), que suple el rol de verdugo: el sargento Peñaranda. Cabe aclarar que en este artículo no se profundizará sobre este personaje, dado que surge de la obra novelística de Pardo, pero se menciona por su reiteración en algunos cuentos y por su particularidad de usar el río como cementerio, ¿acaso veía el agua como una forma de lavar sus pecados? En *Detrás de la lluvia* cuento donde llega a su fin la vida de Peñaranda y en el cual ve pasar por sus ojos, en el lecho de muerte, todos sus muertos, reflexiona sobre lo que hizo, sobre las veces que arrojó de los peñascos, de los puentes o en la volqueta del municipio al río tantos seres humanos y, entiende, que de nada se arrepiente, ¿es así, en verdad, el ser humano?

“Graciélita quería decirle, ahí, con los ojos aún llorosos, todo lo que pudo

ocurrir en su ausencia mientras él tumbaba puertas y amarraba familias suplicantes antes de llevarlas al río en la volqueta del municipio para arrojar los cuerpos inertes a los peñascos y chulear los apellidos de quienes ahora aparecían en cada relámpago” (Pardo, Jorge Eliécer. 2014, p. 315).

Hay otros cuentos en la narrativa de Jorge Eliécer Pardo que encarnan los actos violentos producto del conflicto interno de las regiones: abuso, acoso, levedad, miedo, desplazamiento y persecución. Todas estas manifestaciones de la violencia, en cierto modo, se conectan con el *río*. La fuente de la vida puede ser también la ruta de la muerte. Cuántos sin nombre, sin rostro ni rastro, y aún más, sin voz, navegaron por las aguas de los ríos. Con cuánta sangre se tiñó la historia del país. Si Peñaranda encarna al verdugo, los ríos encarnan al país mismo. ¿Podrá el agua lavar los pecados de la patria?

Reflexiones finales

Las manifestaciones violentas en la cuentística tolimense encarnan una realidad de un departamento que vivió días aciagos producto de las diferentes formas que los conflictos tomaron. Los modos de violencia sacaron las formas más aberrantes y, desde la perspectiva criminal, curiosas de arremeter sobre aquellos que no tenían cómo defenderse. Los personajes ficticios de la narrativa de Pardo son una copia auténtica de la realidad llevada a la ficción literaria por medio de la narrativa sociohistórica. Las formas y medios empleados para los actos violentos, que se narran en obras como la de Jorge Eliécer Pardo, son un símil de la capacidad humana, (¿inherente?), de poder hacer el mal. ¿Es el hombre un ser malvado por naturaleza? ¿Habita en todos la sangre guerrera o Pijao de los ancestros? O, simplemente, ¿Se tiene una naturaleza *dual* que solo espera una chispa para sacar lo peor de cada ser?

Aunque se podría divagar entre distintas reflexiones, no se podrá negar que el *río* cumple un simbolismo en la narrativa cuentística de Pardo y un papel central en las manifestaciones violentas de la historia del país. Pensar la literatura y obviar la realidad de los contextos sería un error abismal, lo que hace Jorge Eliécer Pardo es reconstruir la memoria en aras de pensar un hoy y un mañana diferente. Indudablemente existieron (y existen) *ríos de sangre* en Colombia y la narrativa cuentística de Pardo enmarca dicha realidad, no por odio o retaliación, sino por pensar un mañana distinto. Pensar el *río* como *símbolo* de la violencia en la cuentística tolimense es una forma de comprender, desde la historicidad, una de las muchas manifestaciones que tuvo (¿tiene?) la violencia en el Tolima.

Referencias

Guzmán, G.; Fals, O.; Umaña, E. (1977). *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Tomo I (8.ª ed.), Punta de lanza.

Pardo, J. E. (2014) *Cuentos. Antología personal*. Pijao editores, 273-323.

Pardo, J. E. (2017). *Mi oficio de escritor*. Hojas Universitarias, (11), 232–235. https://editorial.uccentral.edu.co/ojs_uc/index.php/hojasUniv/article/view/2131





ENTRE LINEAS